

TEORIA Y PRACTICA DE LA ACCION COLECTIVA

Por

Jorge A. Sanguinety

Segunda de dos partes

Como vimos en la primera parte de este artículo, los grandes grupos de personas no se logran organizar voluntariamente aun cuando traten de formarse en torno a un interés común. Esa es la principal (y sorprendente) conclusión de la teoría de Mancur Olson sobre la acción colectiva. La organización de los grandes grupos, prosigue su teoría, requiere diversas dosis de coerción. Por ejemplo, en Cuba el gobierno usa una dosis elevada de coerción para organizar demostraciones de ciudadanos sin tener en cuenta sus intereses. En las sociedades democráticas se usa la coerción cuando hay un objetivo común aceptado libremente, pero los miembros del grupo tienen incentivos personales para no cumplir con tal objetivo, como es el caso de los contribuyentes de impuestos donde siempre hay una tendencia a evadir el pago de los mismos. Aquí nos concentraremos, sin embargo, en los factores que facilitan o impiden la organización estrictamente voluntaria de los grupos pequeños, o sea, los que no necesitan coerción para mantenerse organizados.

Una condición necesaria para que un grupo se organice es que haya consenso en el objetivo de sus miembros. Si existe o no consenso en los métodos para lograr el objetivo es una condición deseable pero no estrictamente necesaria. Lo que sí es seguro es que sin consenso en materia de objetivos el grupo no puede organizarse, pierde su razón de ser. Otra condición necesaria para la organización voluntaria es que existan incentivos personales para los miembros del grupo. Aunque el objetivo sea deseable, si los incentivos no son lo suficientemente fuertes, el grupo no se forma, pues toda organización tiene algún costo para sus miembros, un costo en tiempo, monetario, emocional o de cualquier otra índole. Por lo tanto, si las ventajas esperadas de pertenecer al grupo no llegan a superar los costos, no tiene sentido pertenecer voluntariamente al mismo.

¿Qué factores hacen que se logre un consenso? ¿De qué factores depende que un grupo dado de personas puedan ponerse de acuerdo y vean las ventajas de organizarse en torno a algún objetivo común? La naturaleza y la complejidad del objetivo del grupo determinarán tanto las posibilidades de que exista el consenso como los incentivos necesarios para formarlo. Para un grupo de vecinos de una barriada es más fácil organizarse contra un plan municipal de construir un basurero cerca de sus casas, que para construir una escuela con recursos propios. En Cuba hemos visto que la oposición al gobierno no se ha podido organizar con un gran grupo precisamente por los factores analizados por Mancur Olson. Además el gobierno usa su poder no sólo para ejercer

coerción sobre la población que se deja movilizar, sino también para hacer más costosa la organización de cualquier grupo opositor, incluso los pequeños. Todo esto pudiera explicar, aunque sólo en parte, por qué la convocatoria del 20 de mayo no contó con el apoyo de otros grupos a pesar de que todos declaran el mismo objetivo común: un cambio de gobierno. Por otra parte, el éxito de la reunión del 20 de mayo indica la enorme importancia de los grupos pequeños en lograr una acción colectiva.

La experiencia enseña y la teoría de Olson demuestra que los intereses comunes entre un grupo de personas no son razón suficiente para que las mismas lleguen a un consenso y se organicen voluntariamente. Pero para alcanzar consenso se necesita un mínimo de comprensión y acuerdo entre los miembros de un grupo. Y para que haya comprensión, los miembros del grupo deben poder intercambiar ideas de una manera que conlleve a un acuerdo sobre algunos puntos básicos, aunque no se alcance acuerdo en todo lo que es pertinente al grupo. Hace más de ochenta años, el famoso filósofo español José Ortega y Gasset se preguntaba en su libro *España Invertebrada*: “¿Cómo va a haber organización en la política española, si no la hay ni siquiera en las conversaciones?” Observando los estilos de diálogo entre los cubanos (y también los de otras culturas), la cita nos ofrece un punto de partida para intentar explicarnos algunos fenómenos que afectan nuestra capacidad de acción colectiva. Con frecuencia, los diálogos entre cubanos son desorganizados por la gran incidencia de las interrupciones mutuas, lo que es resultado de que no somos buenos escuchantes. Esta deficiencia educativa a veces se manifiesta en que dos cubanos pueden llegar a tener una discusión agitada aun cuando ambos están de acuerdo sobre el tema, pero como no se concentran en lo que el interlocutor dice, no se dan cuenta que están esencialmente de acuerdo.

La importancia del diálogo organizado crece con la complejidad del objetivo común de un grupo de individuos. Pero la organización de los diálogos es sólo una variable en las muchas que intervienen en la capacidad organizativa de los grupos, algunas de las cuales quedaron fuera del análisis de Olson porque en el medio cultural donde él desarrolló sus teorías ciertas formas de comportamiento podían darse por sentadas. Entre las otras variables podemos citar dos que tendrán que ser analizadas en otra oportunidad: los grados de confianza interpersonal en un grupo y la disciplina en el cumplimiento de acuerdos (entre ellos la puntualidad y otras formas de precisión).

Miami, 23 de mayo de 2005.